

DAGER ALVA, Joseph. *Una aproximación a la historiografía del siglo XIX. Vida y obra de José Toribio Polo (1841-1918)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (Instituto Riva-Agüero), Banco Central de Reserva del Perú, 2000, 354 pp.

Con prólogo de Franklin Pease García-Yrigoyen y seis extensos anexos, el joven historiador Joseph Dager Alva presenta el estudio que originalmente fue su tesis de licenciatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Dividido en cinco capítulos, el primero ofrece la biobibliografía de José Toribio Polo, el segundo ensaya una interpretación de sus ideales y personalidad, el tercero revisa su obra historiográfica, el cuarto sus trabajos geográficos y el último analiza las circunstancias que condicionaron su quehacer histórico. Los anexos, cuyo volumen es considerable, contienen: (1) la bibliografía de Polo (libros y opúsculos; artículos, discursos y notas; y publicaciones póstumas), (2) el "Catálogo de la obra intelectual" de Polo (elaborado, como los tres siguientes, por Ada Arrieta Álvarez, Juan Carlos García Cabrera, Martha Solano Ccance y el propio Joseph Dager Alva), (3) el "Índice onomástico del 'Proyecto de diccionario biográfico'" (con más de 2600 posibles biografías), (4) el "Índice onomástico de 'Médicos y escritores médicos'", (5) el "Catálogo de correspondencia", y (6) la "Lista de documentos que devuelve al Estado Juan Ramón de Polo" y la "Lista de documentos enviada a Isabel Lores en París. 20 jul. 1938". La bibliografía del volumen se divide en fuentes primarias (documentos de archivo, periódicos y revistas) y bibliográficas (libros y artículos).

José Toribio Polo vino al mundo en una importante familia iqueña no ajena a las letras y muy joven se trasladó a Lima, donde completó su educación pero sin realizar estudios superiores; practicó el periodismo y la pedagogía, incursionó en la historia, siguió la carrera burocrática como secretario de más

de una prefectura y empleado de correos, cumplió sus deberes patrióticos cuando la Guerra con Chile, dirigió *El Canal*, periódico peruano que se publicó en Panamá en tiempos de la ocupación; fue fugaz subdirector de la Biblioteca Nacional, inspector de escuelas públicas en lugares alejados de Lima, organizador de varios archivos (verdadero archivero de su tiempo), miembro fundador de la Sociedad Geográfica de Lima y del Instituto Histórico del Perú, etc. Hombre de poca fortuna, muchas veces la pobreza le hizo pasar dificultades y sembró de duda y amargura su espíritu, sintiéndose postergado y víctima de la ingratitud pública. Su obra historiográfica es variada y consta de algunos libros y folletos y numerosos artículos, referidos a temas que van del pasado prehispánico (Chavín, los uros, los incas) al tiempo de la independencia (Rodríguez de Mendoza, Pumacahua), aunque lo más substancial corresponde a las biografías del tiempo virreinal, especialmente las de los obispos de Trujillo y Arequipa (Polo fue hermano del pastor de Huamanga Mons. Juan José Polo, quien murió trágicamente durante la Guerra). Importante y destacada es también su obra como investigador erudito, editor de documentos históricos (v. gr. las memorias de los virreyes Marqués de Mancera y Conde de Salvatierra) y geógrafo. Sin embargo, Polo solo es un historiador menor, hallándose muy lejos de compartir honores con un Mariano Felipe Paz Soldán o un Manuel de Mendiburu (desde 1941 no se publican obras suyas), lo que no quita valor a sus estudios, meritísimos por más de un concepto. Su obra inédita, que se guarda en el Archivo Histórico Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú y de la que dan cuenta los anexos 2-4, solía conceputarse importantísima aunque, en realidad, no lo es tanto, salvo que haya sufrido pérdidas.

Conocer la vida y obra de Polo permite advertir cuánto perjudicó la Guerra con Chile no solo el desarrollo de su vocación histórica sino, en general, la marcha de los estudios del pasado peruano. Aquel entusiasmo que caracterizó el tiempo pre bélico, aquellos planes que se hacían para lograr ambiciosas metas académicas, se perdieron o dañaron severamente, quedando muchas veces solo en el recuerdo. Polo perteneció a una

generación que sufrió frontalmente los horrores de la Guerra, por lo que resultó gravemente frustrada e impedida de cumplir el papel que le tocaba en la construcción de la república. No dio, esa generación, un gran historiador, sino importantes figuras menores tales como Nemesio Vargas, Manuel González de la Rosa, Rosendo Melo, Eugenio Larrabure y Unanue y Enrique Torres Saldamando; cuando tuvieron la edad y la experiencia suficientes para producir obras de gran aliento, la crítica situación del país –la guerra y la prolongada post guerra– no lo permitió. No es casual entonces que la obra de Polo revele alteración y cambio, y que haya sido necesario el paso de muchos años para que él como persona recuperara, no obstante las limitaciones materiales que sufría, el aliento y la confianza. Por otro lado, su accidentada carrera burocrática le impuso deberes que a menudo lo apartaron de la investigación y el estudio, lo que determinó que su obra historiográfica se hiciera en medio de contingencias y apuros que ciertamente no contribuyeron a su perfección. Sin embargo, su notable conocimiento del pasado, tesón, sobresaliente memoria y otras cualidades personales, le permitieron, casi siempre, afrontar con decoro los asuntos que abordó. Como tantos otros intelectuales del siglo XIX, Polo fue un autodidacta, aunque no le faltaron amigos y valedores que le facilitaron el desarrollo de su vocación, reconociendo desde temprano su talento y aptitudes. En su tiempo, la historia no era una carrera profesional con lugar propio en la universidad, pues los historiadores se hacían a sí mismos, sin recibir clases, ni teorías, ni métodos, como ahora. En realidad, realizar historiografía era como correr una ardua carrera de obstáculos: carencia de fuentes por el caos archivístico, poca o ninguna formación académica, escasos incentivos, incompreensión social, etc.; sin embargo, el reconocimiento podía llegar si la obra satisfacía y, sobre todo, si recibía el elogio de la crítica... Así, al uso de la época, Polo fue un erudito más que un historiador, ecléctico en sus criterios (medio romántico, medio positivista), empírico y pragmático antes que teórico, confiadamente documentalista y pocas veces especulativo; además, católico ferviente (aunque en sus años mozos también anticlerical), pa-

triotista y nacionalista, todo lo cual señaló un rumbo a su trabajo y un resultado feliz a sus desvelos.

En el siglo XIX la historia peruana empezó a aceptarse en todo su desarrollo, así como a escribirse, con mucha lentitud. Pocas fueron las obras publicadas en el país en los primeros treinta años de república, v. gr. las de Córdova y Urrutia, Pagador, Ledesma y Bilbao, apareciendo después las de Fuentes, Lavalle, Vicuña Mackenna, Herrera, Távara y Odriozola. En realidad, solo en la segunda mitad del siglo XIX se plasmaron las grandes obras, vale decir las de Lorente, Paz Soldán y Mendiburu. Al igual que la gran mayoría de sus contemporáneos, Polo no comprendió la conquista pero sí el Virreinato, al menos en cuanto al rescate de personajes meritorios, y desde luego la Independencia; en ese sentido, quiso perfeccionar la obra de Mendiburu, el notabilísimo *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, al que criticó a veces con velado egoísmo. Historiador *amateur*, fue también un analista, pues hizo frente a la notoria ausencia de obras de historia externa, de anales, lo que sin duda lo impulsó a historiar la sucesión de prelados, presidentes y prefectos departamentales, a descubrir y publicar documentos importantes, a plasmar numerosas biografías de personajes rescatados del olvido, a facturar la crónica de temblores, erupciones volcánicas y epidemias. Semejante temática, como era de esperar, daba poco lugar a los planteamientos positivistas y, en general, teórico-ideológicos.

Dager Alva ha realizado un trabajo meritorio que echa luz sobre una vida y obra de claros perfiles patrióticos y nacionalistas. Su libro nos muestra el difícil oficio del historiador decimonónico, los altibajos de una existencia comprometida con el trabajo intelectual, las esperanzas de un erudito seguro de su mérito tanto como del desinterés del medio que lo rodeaba. Sin duda, ha logrado un acercamiento moderno y válido al difícil estudio que se proponen las historias intelectual, cultural y de las ideas, y que en el Perú precisamente no ha dado mucho fruto en los últimos tiempos. Creo que hubiera sido más acertado reunir en capítulos totalizadores los aspectos biográficos y la temática historiográfica, como realizar más calas, en paralelo, en la obra de algunos contemporáneos nacionales, y se-

ñalar el papel ejemplar de ciertos modelos europeos (españoles y franceses, sobre todo) e hispanoamericanos. Sin embargo, Dager Alva, consciente de que su libro inaugura nuevas entradas al estudio de la cultura académica peruana del siglo XIX, ha pintado un paisaje –*aproximación* reza con acierto el título– que sin duda veremos más bello cuando contemplemos el vasto panorama del que forma parte.

Oswaldo Holguín
Pontificia Universidad Católica del Perú